

CRISTINA CEREZALES LAFORET

*Por
tierras
del
Silencio*

Encuentros en el Camino de Santiago

booket

Cristina Cerezales Laforet
Por tierras del Silencio

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Cristina Cerezales Laforet, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: © Arkadiusz Makowski / Arcangel

Primera edición en Colección Booket: marzo de 2020

Depósito legal: B. 1.486-2020

ISBN: 978-84-233-5701-7

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

De Frómista a Amusco

Un perrillo ha surgido de alguna parte y viene a frotarse a sus tobillos. Simón vuelve la cabeza y percibe a poca distancia a un hombre con pinta de cazador avanzando hacia él. El cazador silba y el perro regresa corriendo a su lado. No le vendría mal charlar con ese hombre, piensa Simón, para aplazar la toma de decisiones y apartar los recuerdos inoportunos. Afloja el paso. El hombre le da alcance. Lleva un pitillo en la comisura de los labios. El humo del cigarrillo se confunde con el vaho de la respiración de Simón. Se saludan. Fresca la mañana. Sí, fresca, incluso fría. Ahora vendría bien un cocido maragato, dice el hombre frotándose las manos. ¿A estas horas? ¡Ya le digo!, sobre todo para quien, como yo, lleva buen rato trajinando y ya le rebulle el estómago. ¡No ponga usted esa cara!, si no es en el almuerzo de la mañana, tómese al mediodía un buen cocido, quizá lo tengan en la Sinagoga, ¿ha oído hablar de la Sinagoga de Amusco? Sí, ya lo creo, la conozco. No

le da tiempo a hilar las imágenes que desfilan por su recuerdo: Antoine tocando la gaita, Kira bailando descalza, Daniel con el tambor... No es momento de recordar, el cazador sigue hablando. ¿Conoce la particularidad del cocido maragato? Sí, ya me contaron lo de servir las carnes primero... Y le habrán dado la explicación de que fueron los soldados de Napoleón los que establecieron esa costumbre por si los llamaban a combate y se quedaban sólo con la sopa en el cuerpo, ¿no? Sí, eso me dijeron. Pues eso son pamplinas, yo le diré la razón. El cazador, que a lo mejor no es cazador, le dirige una mirada de suficiencia antes de seguir. Los maragatos, que de ellos se trata, recorrían España vendiendo sus productos artesanales, ¿me sigue? Hasta ahora, sí. Pues en estos desplazamientos llevaban una fiambarrera de madera en la que conservaban carne de cerdo cocida durante varios días, y en los mesones donde paraban comían primero esta carne que llevaban en la fiambarrera y, como era alimento frío, pedían después una sopa caliente para entonar el estómago, ¿qué me dice? Él prefiere la otra versión, pero calla y levanta los hombros como indicando que podría ser. Imagino que irá usted al albergue de la hija de Gonzalo. Sí. Él recuerda que el padre de Marianela se llamaba Gonzalo, y alguna historia que ella le contó sobre él, incluso piensa que lo conoció durante unos instantes porque apareció en la Sinagoga el día de la celebración. El hombre retira la colilla de los labios, la tira al suelo y apaga con el zapato. La chica salió lista, pero hay quien dice que anda un poco trastornada. ¿Trastornada Marianela? ¿Por qué dicen eso? Se cuenta que la mujer finge que vive con alguien y, según parece, ese alguien no existe, incluso un perro, ¿usted me entiende? No, no le entiendo. Más

claro no se lo puedo decir, a buen entendedor sobran palabras. Aquí me despido, peregrino. ¿Ve ese camino que sale a la izquierda? Sí, lo veo. Pues conduce a donde mi majada. ¿Es usted pastor? Anda, claro. Como lleva escopeta, creí que sería cazador. Lo uno no anda reñido con lo otro, éste también tiene dos oficios. Señala al perro que mueve el rabo contento. Simón sigue con la mirada al pastor mientras se aleja por el camino de la izquierda. Lo ve pararse unos instantes para encender otro pitillo y despedirse después con un gesto de la mano. La conversación con el hombre ha creado en Simón cierto desasosiego. Reconoce que no es buen entendedor, le faltan datos concretos. Decide borrar la extraña información que el pastor acaba de brindarle. No se fía de las habladurías de los pueblos, piensa que pueden contener muchas fabulaciones, y no quiere entrar en ellas.

Aparece Amusco en el horizonte. Las llanuras engañan, no debe de estar tan cerca como parece. La visión le aumenta las ganas de llegar y aligera el paso. No se comería un cocido maragato, pero sí un buen desayuno. Se imagina sentado en una cafetería frente a un café humeante y una buena tostada. La vida del caminante tiene esos placeres básicos que borran toda preocupación.

El día empieza a clarear, el sol naciente todavía no calienta, aunque reconforta. Para desentumecerse da unas palmadas al aire, como cuando de niño se entretenía cazando moscas para utilizarlas de cebo con los lagartos. ¿Fue él un niño feliz? Prefiere no entrar ahora en esas averiguaciones. Mira de nuevo hacia atrás, como para medir la distancia que ha recorrido. Imagina su coche solitario, allá en Frómista, donde lo dejó apar-

cado cuando llegó de noche y dio una propina al chaval del hostel para que lo vigilara hasta su regreso. ¿Cuándo piensa usted regresar?, preguntó con lógica el chico. Le contestó que no sabía, y que según el tiempo que estuviera ausente le aumentaría la propina, con la condición de que tuviera el coche bien vigilado. El chico pareció satisfecho y le anunció que limpiaría el polvo de la carrocería de vez en cuando para que no pareciera un coche abandonado. ¿Va a llegar hasta Santiago?, inquirió. Le contestó que no estaba seguro. No pudo darle una respuesta concreta porque la explicación habría sido larga. Los motivos de su incertidumbre se remontan a diez años atrás, cuando un grupo de peregrinos, del que él formaba parte, decidió desviar su andadura hacia Amusco, donde Marianela los invitaba a pasar la noche en el viejo caserón de su madre. Ocurrieron cosas que ahora no viene a cuento recordar, pero ésa es la razón por la que él se ha encaprichado con la idea de llegar a Amusco a pie, como la vez anterior, para desde allí reanudar el camino donde lo dejó.

Le hace ilusión volver a ver a Marianela, con la que ha estado en contacto todos estos años a través del correo electrónico. Le ha sorprendido la historia que le ha contado el pastor. No sabe lo que significa, y, por el momento, prefiere no indagar en ello. En los mensajes se animaban el uno al otro a reanudar juntos el Camino algún día, ya que fueron los únicos que por motivos distintos lo abandonaron en Amusco y no siguieron hasta Santiago. Ha decidido presentarse por sorpresa, sin anunciar su llegada, y eso lo mantiene inquieto. Últimamente sus decisiones le parecen más bien indecisiones. Busca apoyo en la distracción que le ofrece el entorno. Grandes nubes cubren el cielo empujadas por

un viento que ha aparecido repentinamente. Los pájaros despiertan y sacuden las alas para ahuyentar el frío. No los ve, los siente, oye sus primeros trinos y quiere imaginar que cantan para él, para alegrarle el día. De pronto, el camino le brinda otra imagen de la infancia. Está en Coímbra, y el tío João le enseña a disparar con una escopeta de perdigones. Se entrenan los dos apuntando a los pájaros. El tío João le felicita por su puntería y él se siente orgulloso, sin pizca de pena o arrepentimiento por los pájaros muertos. La sensibilidad hacia la vida de los animales le llegó más tarde, seguramente influido por otros. Puede que fuera Tania quien le inculcara esos sentimientos, aunque no está seguro, a lo mejor ya se había despertado en él esa sensibilidad cuando la conoció. Ahora echa de menos poder discutir el tema con ella, a pesar de que decidió salir al Camino sin compañía precisamente para poder pensar sin ser rebatido, para reconstruir una imagen de sí mismo sin referencias de otros. Eligió comenzar en Amusco con la intención de encontrarse con Marianela y animarla a caminar con él, pero resulta que tampoco está seguro de desear su compañía. Por eso no ha anunciado su llegada, para alejar la posibilidad de que ella esté disponible, y, al mismo tiempo, no descartar del todo esa posibilidad.

Desde que lo abandonó Tania, le cuesta tomar decisiones. Con ella era diferente, discutían, sopesaban las distintas opciones y finalmente llegaban a un acuerdo. A él siempre le quedaba la impresión de perderse la mejor opción, aunque eran acuerdos blindados que facilitaban el siguiente paso. Se trataba de conseguir que lo elegido se convirtiera en maravilla, y a veces funcionaba. La risa de Tania, su entusiasmo, aportaban la

magia. Todo eso se esfumó. Primero Tania se llevó la risa a otra parte, y la emoción. Lo privó de su encanto. Era como estar con Tania y sin ella. Y más tarde se retiró del todo, dejándolo solo. Tania.

Pisa el asfalto de la calle principal del pueblo. Huele a pan recién horneado. El primer café que encuentra está cerrado. En el segundo, un camarero está colocando las mesas. Vuelva usted dentro de un rato, la cafetera no está encendida. Pasea por Amusco y casi sin darse cuenta llega frente al Albergue de las Grullas.

Tal como le contó Marianela por correo, la casa de su madre ha sido transformada. El gran portalón de madera ya no existe, en su lugar hay dos puertas contiguas. La de la izquierda luce el cartel de posada y la de la derecha es el albergue de peregrinos. Empuja la puerta de la derecha, que da a una entrada con mostrador y estanterías para depositar las botas. No hay nadie. Se descalza y deja las botas junto a otras en una estantería. Abre la puerta siguiente y penetra en una estancia amplia: cocina abierta a un comedor con chimenea. Un hombre está sentado a una de las mesas hojeando un periódico. Simón tiene la impresión de que simula estar leyendo, pero que está pendiente de su entrada. Se acerca a él y le pregunta por Marianela. No parece muy amigable. No está, responde. ¿Sabe dónde puedo encontrarla? Yo no sé nada, si quiere más información entre en la posada, le atenderán Mercedes o su hija.

El nombre de Mercedes despierta en él recuerdos del pasado. Conoció a una Mercedes que cuidaba a la madre de Marianela, era vecina de la casa; seguramente se trate de ella. Vuelve a calzarse las botas para entrar por la puerta de la posada. La chica que está en la recepción no es Mercedes, debe de ser su hija. Le confir-

ma que lo es, se llama Isabel, y le informa de que Marianela no regresará hasta la hora de la cena. Mercedes, su madre, tampoco está, pero ella sabe de qué habitación le habla el peregrino, la que ocupó hace años cuando llegaron él y sus compañeros invitados por Marianela. Sólo hay una con esas características, le dice, sólo una da a los campos de trigo, lo acompaño si quiere. Es la misma ventana, el mismo paisaje; el resto ha cambiado. Trata de recordar: había un armario grande de dos cuerpos, de madera oscura, que ya no está. Lo han sustituido por armarios empotrados con puertas blancas laqueadas. También han eliminado la cómoda, seguramente ya innecesaria al existir cajones en el armario. Le gustan estos cambios, la habitación parece más amplia y luminosa. Isabel le informa que no dan desayunos, hay una cafetería cercana, que ya ha abierto, donde tienen una bollería estupenda, lo traen todo precocido y congelado y acaban de cocerlo en el horno. ¿Tienen también pan? Sí, claro, la tahona está al lado. Isabel se despide. Al quedarse solo en la habitación se desprende de la mochila y la coloca sobre una silla. El día que empieza a afrontar es distinto al que él había programado. Le gusta que se haya aplazado el encuentro con Marianela, le espera un día de soledad que empleará descansando y preparando los apuntes para su trabajo. Se quita el polar y lo suelta sobre la cama; la temperatura ha subido bastante y también ayuda el calor generado por la marcha. Empieza a trazar los planes para este día de tregua inesperado. El único mueble antiguo que ha conservado Marianela es una mesa de roble junto a la ventana. La habitación parece diseñada especialmente para él. Piensa acercarse al mediodía a la Sinagoga y preguntará si tienen cocido maragato. En los ratos li-

bres, tanto de la mañana como de la tarde, trabajará en la habitación. Al atardecer espera encontrarse con Marianela y cenar con ella. Saca el libro electrónico de la mochila y también el cuaderno de apuntes. Lo deja preparado para cuando regrese del desayuno. El día se anuncia totalmente propicio a su estado de ánimo.